

LO QUE DIGA LA LUNA

NICHOLAS GÓMEZ FULLERTON

“¿Podrías manejar despacio por favor mi amor? Aún tenemos mucho tiempo para que empiece la película”, le dijo su novia.

“Voy al límite. Y, por favor, no me digas cómo manejar, no es bueno conducir enojado”, le respondió. Minutos después, vio como un coche de lujo a su izquierda se le empezaba a meter a su carril. El conductor llevaba el celular en una mano, y el volante en la otra. Las ventanas estaban abiertas y la música *techno* a todo lo que daba. Al darse cuenta del descuido tan grande de ese hombre, tocó el claxon de manera tan brusca que sin darse cuenta, había asustado a su novia. Luego de ver que el del coche de lujo corrigió su camino, éste decidió rebasarlo y bajando el vidrio de su ventana le grita: “¡Aprende a manejar!” A lo lejos se veía un tramo de construcción en el carril derecho – donde venía manejando la pareja – y fue ahí cuando decidió el novio que era más importante ganarle el paso al idiota del coche de lujo, que la vida de su novia y la suya misma. Aceleró de 80 km/h a 120 km/h en cuestión de segundos y de no ser por un segundo más tarde, no habría logrado meterse enfrente y ambos hubieran perdido la vida.

“¿Qué te pasa? ¡No mames!” le gritó enfurecida.

“Perdón pero es que no puede ser que manejen así pinches fresas” le contestó, “no va a volver a pasar, sólo déjame manejar por favor, sé lo que hago”.

“Más te vale que no vuelva a pasar, que si no, a la próxima me bajo del coche”.

“Tampoco exageres, no es para tanto”.

“Sí, sí es para tanto, ahora maneja y cállate que no quiero morir”.

El novio no respondió.

Al llegar al estacionamiento, angustiado de que manejara tan mal la gente y desesperado por el hecho de que tardó diez minutos en encontrar un lugar, se olvidó de meter el coche en “estacionar” y cuando soltó el freno, pegó con la pared de enfrente. “¡Mmta madre! ¡No puede ser! ¿Por qué todo me pasa a mí?” se dijo a sí mismo.

“Quizás si mantuvieras la calma de vez en cuando, no te pasarían este tipo de cosas”, le respondió su novia bajándose del coche.

“Ese tipo de comentarios no ayudan, por si no sabías”. Le azotó la puerta antes de que terminara su oración.

“Sólo intento ayudarte, pero nunca escuchas”.

“¡Bueno ya! No quiero pelear, vamos por los boletos”.

Salieron del coche los dos, y agarrados de la mano se dirigieron a la taquilla. Los únicos formados eran ellos y una pareja más. El vendedor hablaba por celular con toda la calma del mundo. De lo que se distinguía de su conversación, el novio pudo notar que no era muy importante esa llamada. Le hizo señas con la mano para ser atendido, pero el joven en taquilla solamente le hizo señas de “aguántame tantito”.

“¿Nos vas a atender en algún momento joven?” le insistió.

“Sí, a ver, deme un segundito por favor”, dijo el vendedor, pero no sería un segundito. Pasó medio minuto y seguía en el celular como si nada.

“¡Joven! Si no me atiende voy a bus...”

“¡Ya! ¡No seas exagerado! Espera a que cuelgue y ya, no tenemos prisa mi amor, por favor”, le pidió su novia. Y en todo ese tiempo, la pareja de enfrente no parecía reaccionar a favor de ningún bando.

“¡Por Dios! Siempre me tomas de villano y no me apoyas. El equivocado aquí es él no yo. ¡Joven! ¿Podría dejar su celular y atendernos por favor? No quiero tener que llamar al gerente”.

Se quedó sin palabras la pareja que venía enfrente, pero el vendedor finalmente los atendió. No dijo una palabra más el vendedor luego de atender a ambas parejas. Ya con sus boletos en mano, se formaron en la dulcería el novio y su novia.

“En serio no puedo creer que hiciste eso. No entiendo qué te sucede. ¡Si me vuelves a hacer pasar por eso UNA vez más hoy, va a ser la ÚLTIMA! No quiero pasar más pena de la que ya pasé, así que cómprame un refresco y te espero en la sala”, enfurecida, se encaminó a la sala cubriéndose la cara de los pensamientos de la gente que la rodeaba. Al novio no le importaba mucho lo que los demás pensarán de él. Entonces mantuvo la cordura y se formó en la dulcería. Enfrente de él estaba formada la pareja con su hija: esposo cincuentón, esposa cuarentona e hija de quince.

“Papá, me puedes comprar un helado, unas palomitas grandes, un refresco grande y unos chocolates por fa? Voy al baño”, le dijo la hija.

“Espera hija, es mucho eso. Te compro tu refresco, y compartes palomitas con tu mamá. Anda al baño aquí te esperamos querida”.

“¡Pero papá! Tengo mucha hambre, por favor”.

“Hija es mucho lo que quieres, no hagas un berrinche”.

“A veces no entiendo para que me invitan al cine en serio, me cagan”.

“¡Dios mío, no quiero que empiecen una pelea aquí delante de todos! Hija ve al baño, yo me encargo de que tu padre te compre lo que le pediste no te preocupes”.

“Querida, no podemos estar gastando dinero en tanto dulce...”

“Cómprale lo que te pidió, no nos va a matar ese gasto. No quiero oír otra palabra de esto. ¿Entendido?” interrumpió su esposa.

“Sí, mi amor, está bien”, respondió sumiso a las órdenes de su esposa.

El novio, quién estaba desesperado porque había tardado ya tanto la fila, se dio cuenta de que estaba abierta la caja y le dijo al matrimonio de enfrente, “Ya pueden avanzar por si no sabían”. No recibió respuesta, y al sentirse ofendido les respondió el insulto, “¡De nada!” Siguió sin respuesta, pero decidió ignorarlo. Esperó a que terminaran de comprar y enseguida se apuró a pedir lo suyo.

Dentro de la sala, la película ya había comenzado y la primera escena tomaba lugar en el lado oscuro de la luna. Cargando una bandeja con toda su comida, cegado por la oscuridad de la sala y la falta de iluminación de la película, decidió esperar a que cambiara de toma.

Después de esperar dos minutos y que no hubiera cambio, pensó que nunca lo habría. Entonces, con los ojos de gato asustado, subió las escaleras intentando encontrar a su pareja. No cambiaba la iluminación en la sala y sus ojos no se adaptaban a la luz. Así que gritó su nombre y fue ahí cuando se dio cuenta ella de que él ya había entrado a la sala y le indicó donde estaba sentada con la luz de su celular.

“¡Agarra tu refresco! ¿Por qué tardaste tanto en ayudarme a encontrarte? Ya me perdí la mitad de la película”, le dijo el novio con una voz tan baja que decidió ignorar la pregunta la novia. Sintió furia dentro de sí mismo por la manera en que lo llevaba tratando ella todo el día, pero decidió no reaccionar y tomó su asiento. Su novia miraba el celular más que la película y el brillo se reflejaba en la visión periférica de él. Le pidió con calma que guardara el celular y medio molesta, ella le hizo caso. Minutos después, sintió la vibración en su bolsillo y volvió a sacar el celular. Esto se repitió dos veces más hasta que el novio decidió que no iba a desperdiciar más tiempo con esa distracción. El volcán dentro de él estaba por eructar. Ya. No. Podía. Más.

De repente se escuchó el sonar de un celular y una de las tres sombras en la fila delante de él, se levantó y lo contestó. Tomó unos pasos dirigidos al final de su fila y ahí mismo se detuvo a tomar la llamada. El novio inició con calma y le pidió silencio al del celular. La llamada empezó a sonar como una discusión, y el que estaba dentro de la sala parecía estarla perdiendo. Gritaba y golpeaba la última silla de la fila sin importar si esto causaba una distracción a la película.

El novio volteó a ver a su novia, pensando en el enojo que le había causado su actitud todo el día, especialmente la manera en que no había dejado de estar en el celular desde que entraron a la sala. Desconoció palabras como “cordura”, “paciencia” y “respeto” de su vocabulario. “¡Ya cállate carajo! ¡Deja tu pinche celular y siéntate imbécil que estamos en el cine no en tu puta oficina!”

El hombre colgó la llamada y cargó su cuerpo debilitado y triste a su asiento. No le dijo nada al joven que le gritó, simplemente se sintió como un fracaso. Llegó a su asiento y lo tomó. Si no por la oscuridad, se hubieran podido distinguir las lágrimas en su cara. Al ver que se sentara, el novio observó cómo se levantaron una señora cuarentona y su hija quinceañera de ambos lados del señor. Se dirigieron a la salida, dejando atrás al hombre de la familia por pena. Entonces el novio volteó a ver a su novia...luego al señor...luego a su novia...de nuevo al señor... y finalmente una vez más a su novia.